

1. Fiera Madre

Estaba sentado encima de un muro. No un muro cualquiera, sino uno que parecía dividir el mundo en cuatro esquinas, cuatro partes iguales.

Era extraño cómo me sentía en el centro de aquel cruce, observando cada patio que se abría a mi alrededor, como si estuviera en el corazón de un laberinto misterioso.

En dos de esos cuatro patios no había construcciones: solo plantas de todo tipo, mucha maleza, enredaderas, raíces y hojas esparcidas por todas partes.

En el tercero, una vegetación baja y delicada, de un verde translúcido, casi se confundía con el suelo húmedo, como si una lluvia reciente aún estuviera siendo absorbida por la tierra.

En la cuarta esquina, el paisaje cambiaba por completo. Había allí una casa apoyada contra el muro, con un tejado colonial antiguo, ligeramente cubierto por un musgo ralo, entremezclado con hojas cubiertas de rocío que brillaban bajo la luz del sol poniente.

El olor de la descomposición natural de los elementos llenaba el aire; todo parecía perfecto, como una escena de película en medio de la naturaleza. Las hojas se mecían con una brisa fuerte, el sol brillaba con timidez, el ambiente era templado.

Entonces apareció el primer visitante.

De la nada, observándome desde lejos —curioso y un poco esquivo— surgió un cachorro de pantera negra que, tras unos segundos, saltó hacia mí, alegre, inquieto, ansioso por jugar allí, en medio de aquel cruce de muros. Pero antes de

que pudiera acercarme, aparecieron otros dos cachorros, jugando entre hojas y ramitas acumuladas en las esquinas del tejado.

Me habría quedado allí todo el día con aquellos adorables cachorros de pantera, de no ser por un pensamiento súbito, evidente y aterrador:

«Si los cachorros están aquí, los padres deben de estar cerca».

Antes incluso de que la pregunta se formara por completo en mi mente —«¿Dónde está su madre?»— oí el sonido. Un paso.

Lento, pesado. El sonido de algo mayor, que se movía con delicadeza y majestuosidad, consciente de su fuerza y de su autoridad.

El tejado, que antes era solo parte del decorado, ahora parecía ocultar a un depredador al acecho, un peligro absoluto, algo que aquellos cachorros juguetones algún día también representarían.

El instinto de supervivencia se apoderó de mí. Un escalofrío me recorrió la espalda, suficiente para hacerme retroceder, gateando hacia atrás sobre aquel muro estrecho.

Mis pies apenas tenían espacio para afirmarse, y el miedo me obligaba a movimientos rápidos y torpes. Tenía que salir de allí. Y rápido.

De repente, en un abrir y cerrar de ojos, todo cambió. Ya no estaba en el muro.

Corría descalzo por calles anchas e interminables que formaban delante de mí un nuevo cruce de avenidas desiertas.

Ahora cientos de personas caminaban deprisa por las aceras, en todas direcciones, como en la hora punta del centro de São Paulo, pero, curiosamente, no había ningún sonido.

Solo el latido de mi corazón, dominado por el miedo de que el padre de aquellos cachorros pudiera estar detrás de mí.

Ningún ruido de coches, ninguna conversación, nada. Solo mi respiración agitada y el sonido de mis pies golpeando con fuerza el asfalto.

Corría desesperadamente. Las piernas me pesaban, el corazón estaba a punto de estallar, pero el miedo no me dejaba parar.

No sabía exactamente qué me perseguía, pero imaginaba que podía ser ella, la madre de los cachorros.

Sentía que tenía que irme muy lejos de allí, y rápido.

Entonces vi en el horizonte una inmensa carpa de circo, alzándose de forma surrealista en aquel escenario caótico. «¡Un domador!», pensé.

Si había una fiera detrás de mí, él podría controlarla. Llegar al circo se convirtió en mi único objetivo, mi única salvación.

Pero mis fuerzas estaban casi agotadas; los músculos doloridos apenas respondían a la orden de correr cada vez más deprisa. Aun así, seguí.

Cada paso era una tortura, mi cuerpo al borde del colapso.

Entonces lo oí. Primero un grito, luego varios, resonando en medio de la multitud.

Miré hacia atrás y vi trozos de personas esparcidos por las aceras y las calles, brutalmente arrancados.

Aun así, no conseguía ver al animal responsable de tanta carnicería.

El pánico aumentó aún más. Corrí todavía más rápido. Busqué refugio detrás de un coche, intentando localizar a la criatura.

Para mi horror absoluto, pude verla. No era solo una fiera, sino algo salido literalmente de una pesadilla.

Enorme, dos o tres veces mayor que cualquier pantera que yo hubiera visto jamás.

Su cabeza parecía una máscara grotesca de carne viva, con la piel colgando en tiras.

Un lado del cuerpo mostraba el pelaje de una pantera negra; el otro, las rayas de un tigre —ambos manchados de sangre—.

Pero las patas... negras como petróleo, con garras amarillentas, mucho más grandes que las de cualquier felino.

Se detuvo en medio del cruce, con los ojos grandes y amarillos, las pupilas oscuras, alerta, buscando a su presa. Sabía que me buscaba a mí, que pronto me encontraría por el olor.

Por un breve instante, el tiempo se congeló. Las personas, los coches, todo se detuvo, quedando solo ella y yo en movimiento.

Subí al techo de un camión cercano al circo. Desde allí arriba, entre cuerpos destrozados, pude verla. Incluso a más de doscientos metros, estaba parada en medio de la avenida, en posición de ataque, mirándome fijamente. Y yo a ella.

De repente dio tres pasos rápidos, se detuvo, se agachó pegándose al suelo y empezó a acercarse, preparándose para el ataque.

Sentí aquel frío en la espalda de puro miedo. Mis piernas, de algún modo, respondieron. Corrí como nunca, un esprint a lo Usain Bolt.

La carpa del circo se acercaba. Por suerte vi colgada en la entrada una gruesa cuerda llena de nudos, que se extendía hasta el trapecio de los acróbatas.

Era mi única oportunidad. O la alcanzaba, o la criatura me alcanzaría a mí.

En un salto desesperado me agarré a la cuerda casi por la mitad y empecé a trepar.

Sentí un golpe fuerte; casi me caí. Miré hacia abajo y vi a la fiera intentando subir, sus enormes garras enredándose y dificultando su ascenso.

El peso combinado hizo que el mástil central se inclinara, se retorciera, hasta partirse.

Caímos desde una altura que parecía de más de cincuenta metros, derribando la lona del circo con toda la estructura.

Yo caí primero sobre la red de seguridad de los trapecistas.

Luego la fiera se desplomó sobre mí, aturdida, asfixiada por la lona, olvidando temporalmente mi presencia debajo de ella. La red, incapaz de soportar nuestro peso, se rasgó y volvimos a caer.

El impacto contra el suelo fue tan fuerte que pareció una explosión. No sentí dolor, pero me di cuenta de que ya no

podía moverme, aunque no estaba atrapado bajo los escombros.

De repente recordé a la pantera negra gigante. Ya no estaba allí; debía de haber muerto en la caída, con todo aquello encima.

Oí un sonido detrás de mí. Con esfuerzo conseguí girarme —y fue mi último esfuerzo.

La criatura me arrancó la cabeza de un mordisco como si fuera una manzana.

No hubo tiempo para el miedo ni para el dolor. Todo se volvió oscuro.

Y me desperté sobresaltado.

2. Rascacielos

Estaba en un edificio muy alto, parecido a un rascacielos que se perdía entre las nubes. Sentía la presencia de mucha gente a mi alrededor, pero sus figuras eran borrosas, distorsionadas.

Estaba en la oficina de alguna empresa —cuál, no lo sabía. No tenía noción del día, de la hora, ni siquiera del motivo de estar allí.

Sin ninguna razón aparente, salí de la sala y caminé hacia el ascensor. Creí que estaba solo, hasta darme cuenta de que había alguien a mi lado.

Por el pelo largo y oscuro, supuse que era una mujer, pero, como las demás figuras, su imagen era indistinta, envuelta en niebla.

Su voz me llegaba como sonidos inconexos, amortiguados, como si estuviéramos bajo el agua.

Cuando llegó el ascensor, las puertas se abrieron lentamente, revelando algo inesperado.

Era enorme, mucho más grande que cualquier ascensor que hubiera visto jamás. Entramos y, conforme se cerraban las puertas, mi visión empezó a aclararse.

Distinguí los detalles: la persona a mi lado era una joven de rasgos asiáticos. El interior del ascensor era lujoso, casi extravagante.

El suelo de mármol pulido reflejaba la luz suave de unas lámparas de cristal en el techo. Por un momento pensé que cabría un coche ahí dentro —quizá dos. Una idea absurda, pero que se me ocurrió sin aviso.

Ella pulsó un botón en el panel. No recuerdo cuál. Solo sabía que bajábamos.

El ascensor inició el descenso de forma suave y constante, sin ningún sobresalto. Intenté hablar con ella, pero, una vez más, las palabras parecían perderse en el aire.

Frustrado, cerré los ojos y respiré hondo, tratando de contener la creciente sensación de incomodidad que empezaba a dominarme.

Al abrir los ojos, todo había cambiado.

El lujo había desaparecido. Las paredes estaban ahora amarillentas, desvaídas, como si se hubieran acumulado allí décadas de suciedad.

Era el tipo de ascensor que uno esperaba encontrar en un edificio abandonado de los años setenta. Las puertas eran rejas de hierro, manchadas y oxidadas.

Un fuerte olor a grasa impregnaba el aire, como si estuviera sentado sobre los propios engranajes. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que la joven había desaparecido. Estaba solo.

La incomodidad se convirtió rápidamente en ansiedad.

Pulsé el botón para bajar al bajo, intentando recuperar algo de control, pero el botón cedió bajo mi dedo, deslizándose como un anillo flojo.

Y, mientras el ascensor seguía bajando, todo el panel empezó a desmontarse, como si estuviera hecho de piezas frágiles de juguete.

La cabina caía cada vez más deprisa. Las luces parpadeaban frenéticamente, las paredes temblaban, crujiendo

bajo la presión. Oí el ruido del cable al partirse —no fue gradual. Fue brusco, como si me hubieran arrancado el suelo de debajo de los pies.

El viento invadió la cabina, arrastrando remolinos de polvo, papeles, plásticos, arena, mezclados con el sonido metálico del ascensor al colapsar.

El impacto era inminente. Yo estaba anestesiado, incapaz de moverme, consciente solo de mi final inevitable.

Cada segundo parecía una eternidad mientras me aferraba a cualquier cosa, a cualquier resto de seguridad, pero el interior del ascensor se deshacía como papel mojado.

El ruido ensordecedor del metal rompiéndose me rodeaba.

Entonces llegó el impacto. Todo explotó a cámara lenta. Trozos de todo volaban en todas direcciones: polvo, humo.

Un destello intenso, casi como una explosión, lo iluminó todo. Un humo azulado se mezclaba con el caos.

A mi alrededor, nada. Pero arriba se veía el cielo, como si yo estuviera en el ojo de un huracán, con una apertura surreal hacia lo alto —como en las películas *Twister* o *El día de mañana*.

Cuando el polvo se asentó, pude ver mejor.

Estaba bajo un puente gigantesco. Columnas de hormigón se alzaban hasta el infinito, sosteniendo lo que parecía una carretera abandonada desde hacía mucho tiempo.

A mi alrededor, montañas de basura se extendían en todas direcciones. Pero no era basura común.

No había olor, ni suciedad. Era un cementerio de objetos inútiles, una parafernalia de un mundo posapocalíptico.

La escena me recordó al videoclip *Synchronicity II*, de The Police.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que iba vestido como el cantante del vídeo —chaqueta y pantalón rojos, llenos de cremalleras.

El cielo estaba oscuro, teñido de gris y púrpura, como si una tormenta estuviera a punto de llegar, pero nunca llegara.

Las pilas de escombros se extendían durante kilómetros, apenas dejando ver la calzada.

Empecé a caminar. A cada paso me hundía un poco en los restos, pero no ofrecían resistencia —como si el suelo estuviera cubierto por una masa pastosa, gomosa.

No había vida. Solo el eco del viento y la sombra del puente colosal atravesando la ciudad.

Mientras caminaba, intentaba entender dónde estaba. ¿Había muerto? ¿Por qué todo me resultaba tan familiar y, al mismo tiempo, tan lejano?

Entonces, en medio de aquella inmensidad de silencio y desolación, vi salir humo de una chimenea.

Una casita de madera se escondía junto a montones de escombros. «¡Hay alguien ahí!», pensé, acelerando el paso hacia la casa.

Al saltar una pequeña valla de madera, oí un chasquido —un disparo. Algo corría por mi hombro izquierdo.

Sangre. Mucha sangre.